

MARIFÉ SANTIAGO-BOLAÑOS

Profesora Titular de Estética y Teoría de las Artes, Facultad de Filosofía
Universidad Complutense de Madrid (UCM)

Espejos de la nada: Marina Tsvietáieva y María Zambrano

Resumen

A partir de nuestro libro *Espejos de la nada: Marina Tsvietáieva y María Zambrano*, se enlazan la obra de la poeta y la filósofa, cuyas vidas confluyeron en el París de los primeros meses del conflictivo 1939 europeo. Ambas, mujeres que atravesaron las heridas del siglo XX con protagonismo inevitable, llevan su palabra creadora hasta el abismo de la forma y la conciencia: pensamiento poético y poéticas del pensamiento confluyendo en ese “lugar –escritura” que convertirán en patria de su única patria. Para no perder el significado de una intervención que creaba contexto y tejido global con las aportaciones de las otras dos personas de la mesa –Olga Amarís y Jean-Marc Sourdillon–, optamos por mantener referencias y cierta evocación de tonalidad oral.

Palabras claves

Escritura; pensamiento; poética; mujeres creadoras; exilio.

Mirrows of Nothingness: Marina Tsvietáieva and María Zambrano

Abstract

This article is inspired by our book *Mirrows of Nothingness: Marina Tsvetáieva y María Zambrano*, which unites the work of the poet and the work of the philosopher. The lives of Zambrano y Tsvietáieva converged in Paris the first months of 1939. Both women traversed the wounds of the troubled European 20th century. And they carry their creative word into the abyss of form and consciousness: poetic thought and poetics of thought united in that “place-writing” that, for them, will just be motherland, in their only homeland. In order not to lose the meaning of an intervention that created a global context with the contributions of the other two people at the round table –Olga Amarís and Jean-Marc Sourdillon–, we maintain stylistic oral evocations.

Keywords

Writing; thought; poetic; creative women; exile.

Comienzo dándole las gracias a la organización de este encuentro por haberme invitado. Y más aún, porque al hecho de representar en esta mesa a la Fundación María Zambrano como patrona de la misma, se suma que me corresponda ser la moderadora de un momento de reflexión titulado «Escritoras habitantes del exilio». Excuso presentarme. Baste decir que soy poeta y profesora de Filosofía, y que el magisterio de María Zambrano me ha llevado, desde hace décadas, a intentar compartir la razón poética como actitud que podría «cambiar el mundo».

Puede ser cualquier día, no importa el mes ni importa el año. La razón solipsista, esa que olvida que sin sentimientos la vida humana no lo es del todo, cree poder predecir y anticipar. Suele hablarse de estrategia, suelen dársele causas a lo que no tendría que haber pasado nunca, a lo que no tendría que seguir pasando todavía porque ni importa el mes ni el año ni las distancias entre la historia y nuestras vidas.

Esta mañana de París podría serlo de 1939. Pero lo es de 2023 y, sin embargo, algunas de sus direcciones y de sus presagios se parecen a aquellas mañanas que podrían haber sido, a las que fueron y a las que, desgraciadamente, son. Porque hoy también hay mujeres huyendo de la violencia no tan lejos de aquí; quieren estudiar, pero se les prohíbe en nombre de no se sabe qué incomprensibles leyes, aunque la razón instintiva de la supervivencia crea darles causas dentro de lo estructural específico, por ejemplo, guerra, ese combate que causa lágrimas como la definió Homero. Una de esas mujeres lo que quería era leer y aprender lo que la escucha del mundo significa, y compartirlo con sus semejantes; incluso quería poder enseñar lo que la lectura y la música traen, lo que traen la libertad y el respeto que es siempre la libertad. De repente, de un día para otro, ese sueño minúsculo se convierte en una quimera, tiene que abandonar, con urgencia, el plan y el país donde habría podido, un día antes, tratar de habitar ese plan, donde se habría hecho cargo de las dificultades de la existencia humana e, incluso, habría contribuido a aminorarlas. Otra, como ella, también ha abierto los ojos a eso que, de un modo general, llamamos «dignidad». Dignidad significa poder cambiarle el rumbo al destino, tachar algunos de sus renglones y escribir otro relato porque otra será la grandeza de las vidas. Pero tampoco eso es posible, de un día para otro la dignidad se convierte en inverosímil, en una suerte de lujo en el que no hay que pensar siquiera; la dignidad va reduciéndose, canjeándose por humillaciones varias, hasta desaparecer en la vergüenza y en los olvidos. Vivir, entonces, empieza a ser una extraña suerte de privilegio y la vida ahí, en ese territorio imprevisto por mucho que nos obstinemos en buscarle una explicación que se sobreponga a este desasosiego, es obedecer la orden o sobrevivir o no pensar más que en lo que, aquí y ahora, puede ir ganándole terreno a la muerte. La justicia será sustituida, subrepticamente, por la exigencia de heroicidad y, entonces, la responsabilidad social pasará a ser culpa individual. Voy a mencionar, por primera vez, la palabra exilio. Y voy a traer a colación la sentencia demostrativa de María Zambrano que hemos aprendido para no dejar que nos engañen las circunstancias: a la persona exiliada no solo se le roba el espacio, sino y sobre todo el tiempo.

En esta mesa, en esta conversación en torno a escritoras habitantes del exilio, me acompañan Olga Amarís y Jean-Marc Sourdillon. Por nuestra mediación pactada aparecerán, entre nosotras, Marina Tsvietáieva y Simone Weil tratando

de hallar esa paz enterrada entre los escombros provocados por la violencia. Si es posible que esa acción se ponga en marcha es porque la propuesta no está del lado de la aniquilación, sino del lado de la vida, del comienzo, del nacer, de la aurora, porque la anfitriona es María Zambrano. Así trataremos de ir recorriendo este laberinto en el que, se lo puedo asegurar, llevamos el hilo muy fuertemente sujeto a nuestra conciencia de la escritura y el pensamiento, aunque los recovecos y salidas cegadas de los laberintos nos hagan retroceder o avanzar a tientas.

Olga Amarís, filósofa, traductora, dedica su investigación y su talento a tramar espacios de paz que acojan la posibilidad de una reflexión serena en torno a la convivencia entre los seres humanos, sin renunciar a lo sagrado que la violencia, en todas sus manifestaciones, ignora y hasta desprecia. Buena conocedora del exilio y sus significaciones, van a permitirme destacar su libro *Una poética del exilio*, dedicado a María Zambrano y Hannah Arendt, así como su reciente texto dramático *Fractales de una guerra en primavera* cuya lectura recomiendo encarecidamente porque, para sorpresa de muchos, en esa guerra concreta donde se escenografían diálogos para ser compartidos en el espacio común del teatro, Ucrania, no faltamos ni una sola de las personas que estamos aquí, lo cual hace enrojecer a la conciencia y latir con una premura no esperada al corazón. Lo sé, como se dice en preciosa expresión, «de primera mano» porque he asistido a un debate profundo y sincerísimo entre Olga Amarís y Miguel Ángel Moratinos, alto representante ante Naciones Unidas para la Alianza de Civilizaciones, hace unas semanas en el Ateneo de Madrid.

Jean-Marc Sourdillon, écrivain aussi, a traduit María Zambrano. La relation qu'il établit, dans son écriture, entre la raison logocentrique et la poésie est une invitation à franchir le seuil de la surface des choses. Son tonalité est donc proche de celui d'Olga Amarís ou du mien. Bien que nous venons de nous rencontrer lorsque nous avons été invités à partager cette table, nous avons tous les trois conscience de partager la conviction que si l'Europe est quelque chose, c'est un concert de voix différentes unies dans la mission de construire un espace commun où la différence évidente s'efforce de ne pas s'imposer, mais de contribuer à la construction d'un espace commun, dans lequel respect, intimité et liberté se succèdent avec un naturel poétique. Raison poétique, que l'on retrouve dans ses essais, dans sa manière d'appréhender la poésie, dans les titres zambraniens de ses recueils de poèmes... Ha impartido clases de literatura en Khâgne, en Garches y en el Instituto francés de Madrid, avalándolo con una tesis doctoral dedicada al poeta y traductor Philippe Jaccottet.

En los años ochenta del novecientos, cuando con la *perestroika* comenzaron a abrirse los archivos secretos del KGB, empezó a ser posible la lectura de la obra inédita y secuestrada de Marina Tsvietáieva. Lo poco que conocíamos de la gran poeta estaba vinculado, como suele ocurrir con la obra de tantas mujeres creadoras, pensadoras, investigadoras, etc., máxime cuando sus biografías han transcurrido en ese límite eternamente provisional –lo cual no es una contradicción –del exilio, a su proximidad con otros más que a su obra personal. Marina Tsvietáieva y Boris Pasternak o Rilke o el poeta Arseni Tarkovski conocido por ser el padre del gran poeta de la imagen Andrei Tarkovski. También en la pugna y la clasificación: Anna Ajmátova y/o Marina Tsvietáieva. Y su luctuoso final, ahorcada.

El exilio, como la enfermedad y sus metáforas valiéndome de la esclarecedora expresión de pensamiento de Susan Sontag, iguala a la persona exiliada convirtiéndola en un genérico y acaba por considerar que no existen las peculiaridades individuales, ni los deseos o los proyectos de vida personales. Con el exilio se hace una suerte de categoría como cuando se dice «la mujer» para simplificar, interesadamente, identidades que solo clasificadas son controlables. Cuando comencé esas lecturas de la obra de Marina Tsvietáieva, intentando abstraer el difícil periplo que la expulsa de la Unión Soviética y la asesina allí cuando parece que no le queda más remedio que volver, fue premonitorio y casi delirante, en el más riguroso de los sentidos metodológicos, «llevarla» hasta la obra de María Zambrano.

En uno de los congresos que, cada año organizaba la querida maestra Josefina Cuesta en la Universidad de Salamanca en su proyecto de investigación «Memoria de mujer», impartí una conferencia sobre los rasgos comunes de ambas exiliadas, María Zambrano y Marina Tsvietáieva, considerando que la proximidad tenía que ver con su condición de mujeres creadoras, los planes que para ambas habían trazado sus universos creativos, el momento de excelencia desbordada de las «edades de plata» de sus respectivos países, y la historia que lo fuera para las dos sacrificial. La filósofa apelando a la necesidad de la poesía, la poeta considerando que su obra desvelaba espacios para el pensamiento no renunciaron a vivir «según la carne», en bien conocida expresión de María Zambrano cercando una definición de poesía, lo que conllevaba un modo irrenunciable de estar en el mundo.

No fue difícil hallar un punto de encuentro, porque ambas compartieron París en los primeros meses de 1939. Años después de todo esto, sin que la obsesión remitiera, y no es ahora el momento de explicitar las causas y los azares, en 2020 la editorial Báltica me invitó a escribir un ensayo en el que la idea y la intuición se convirtieran en palabras hiladas capaces de entregar una teoría y una praxis derivada de la misma. Eso es mi libro *Espejos de la nada: Marina Tsvietáieva y María Zambrano*, del que ahora desgranaré algunas semillas. Solo he de señalar que hay otro momento señero en este destino: una jornada en la Universidad Complutense en torno, más o menos y también simplificando, al paisaje. Elegí detenerme en la correspondencia que, en 1926, tienen Tsvietáieva y Pasternak con Rilke, situando en primer plano la muerte de este y la carta que Marina le escribe a su amigo Pasternak: «Boris: nunca iremos a ver a Rilke; ese lugar ya no existe jamás». Y en 2020, la revista *Tropelías* me invitó a participar en un número extraordinario en el que aporté un artículo titulado «Marina Tsvietáieva y María Zambrano no se encontraron en París».

Se desencadena, pues, un diálogo entre las dos escritoras «habitantes del exilio» al que asisto discreta situándome en la distancia que permite leerlas y, por ello, escucharlas dando posibilidad a un encuentro que, considero, de haberse dado habría sido fructífero y consolador para ellas. Y aún más para nosotras, personas que formamos «su futuro», pues su manera de enfrentar la tarea de una obra es toda una declaración de intenciones de las que nuestro presente carece.

Permítanme leer con ustedes un fragmento del artículo de María Zambrano «La muerte apócrifa», que extraigo de la edición realizada por Mercedes

Gómez-Blesa con el título *Las palabras del regreso*. Para situarles, Zambrano está hablando de la muerte de Franco, de cómo hay quien la recrimina por no alegrarse de esa muerte atribuyéndolo, de inmediato, al hecho de que ella se había ido de España y, por tanto, no había sufrido nada la dictadura en el interior, algo así como si el exilio fuera un privilegio. Me interesa señalar este hecho porque se arrastra hasta nuestros días y hace que incluso las acciones institucionales que quieren ser más humanitarias no puedan impedir una mezquindad me atrevo a decir que atávica, acaso porque, como señala María Zambrano, la persona exiliada está ahí para exhibir, sin tapujos, una condición que permite que lo sea, de manera que su presencia incomoda porque ante ella la conciencia no puede desentenderse. Así responde Zambrano:

¿Nada? He perdido, tal vez para siempre, mi patria, esa palabra que con tanto temor se dice y que se calla más que se dice. He perdido mi vida, la que yo hubiera tenido en España, la de mis amigos, la de mis compañeros. He perdido, no más iniciada, lo que ni siquiera sabíamos si iba a ser una guerra civil. He perdido a gran parte de la gente de mi generación, a la que llamo la del toro por su sentido sacrificial, seres muy queridos, víctimas. Y no he perdido nada cuando tengo sobre todo y entre todo ese río de recuerdos sin compasión, ese espectáculo de la falta de piedad, la torpeza suma. Tal vez por eso no me puedo alegrar.

No, no me puedo alegrar. No, no me quiero alegrar¹.

Siento a su lado a Marina Tsvietáieva, envejecida de súbito, como la describe Nina Berberova, otra escritora habitante del exilio que, además, se convierte en la memoria de tantas personas que, como ella, llegarán a París como una estación de paso que acaba convirtiéndose en un lugar permanente del que nunca acabas sintiéndote parte. La siento, digo, en octubre de 1937 en la puerta de la iglesia católica rusa de la estrecha calle parisina de François Gerard donde el exilio ruso de París despedía al príncipe Volkonski, mecenas de la cultura rusa antes y después de la Revolución de 1917, muerto en el exilio americano. Había sido uno de los primeros apoyos de la jovencísima Marina Tsvietáieva que publicaba sus primeros poemas; no habían dejado de escribirse, a pesar de tantos avatares, controversias y distancias. Y ahora ella no se atreve a entrar a la iglesia porque ya no es parte de ese grupo que, en algún momento, habrían podido ser «los suyos». Su biografía se ha visto enredada en la de su marido, aunque ella no tenga nada que ver con las tramas en las que Serguei Efrón lleva toda su existencia, y que ahora son prendas infames que las autoridades soviéticas piden para que la familia Efrón-Tsvietáieva pueda regresar a la Unión Soviética. Quiero recordar, con ella y para ella, las lágrimas que quienes pasan a su lado no quieren ver, como no la quieren ver a ella; y las palabras de su querido amigo Maximilian Voloshin, que la invitó, apenas unos meses después de la publicación de su primer libro de versos, a la colonia de artistas que organizaba en su casa de Koktebel: «Marina, al infierno hay que entrar sola». Allí, en Koktebel, en la península de Crimea, le muestra una de esas «entradas a los infiernos». La imagen asombra dicha hoy. Máxime si la abarcamos con las

1. Zambrano, M., “La muerte apócrifa”, en Gómez-Blesa, M. (ed.), *Las palabras del regreso*, Madrid, Cátedra, 2009, p. 110.

palabras de María Zambrano cuando dice que los símbolos son el lenguaje de los misterios. No hace falta glosar este momento que llevamos leyendo en la prensa diaria desde hace más de un año, como si hubiera habido una solapación de hechos y una confusión de fechas, y hubiéramos regresado a 1939.

Marina Tsvietáieva, sola. Blok, Esenin, Gumiliov, Mandelstam, Meyerhold, Zinaida Raikh, Pasternak, Ajmátova, Voloshin... todos son el pasado de la exiliada en que se ha convertido desde 1922. Berlín, Praga. Y París. Traduce, publica en algunas revistas de la emigración rusa; estos ingresos son, en más de una ocasión, los únicos que permiten sostener a la familia. Su hermana Asia la visitará en París, en 1927. La precariedad en la que vive Marina llegará a conmoverla tanto que se lo contará, a modo de súplica, al propio Pasternak y otros conocidos. Asia no imagina entonces que vivirá el terror del gulag como su sobrina Ariadna Efrón, cuando la familia de su hermana regrese a la URSS y Marina no pueda soportar ese muro de ignominia que la encarcela hasta llegar, como sabemos, al suicidio como muerte oficial después de escribir una carta a su joven hijo Georgui con la tinta del sufrimiento y la tristeza. Sí, a la persona exiliada se le incauta el espacio, el lugar, se la des-habita, se la deja a la intemperie. Y con el tiempo robado también se la deja en el borde del abismo de la historia a la que no podrá entrar, aunque lo intente. Como María Zambrano, escribiendo con lápiz «porque es el modo más parecido a escribir sobre la arena» como le hemos leído en una de esa multitud de cartas que escribirá durante toda su vida de exiliada, Marina Tsvietáieva recita versos en público de un modo periférico, asiste a algún acto social, es invitada en alguna ocasión a una celebración en casa de artistas también emigrados rusos. Pero sabe que no puede corresponder a esas invitaciones invitando ella misma, por las condiciones de carencia de su casa y por los secretos que guarda la vida de su marido. Extraña y extranjera entre quienes podrían haber sido los suyos, su objetividad poética es temeraria si se la juzga con los ojos del orden que permite situaciones así, orden que la poesía rompe porque esa es su función: deshumillar todas las cosas, como dirá María Zambrano del arte. La pienso en París recitando a Maiakowski, escribiendo con pasión tras la muerte del poeta sin importarle lo más mínimo que fuera una muerte cargada de sospechas hacia los servicios secretos del gobierno soviético. Lo mismo, por cierto, que se dice hoy del suicidio de la propia Marina Tsvietáieva. La escucho en un interrogatorio en París tras la desaparición de Efrón:

Desde los inicios de la revolución española mi marido se apasionó por la causa de los republicanos, y esta pasión se avivó en septiembre cuando estábamos de vacaciones en Lacanau-Océan, en la Gironde, donde asistimos a una llegada masiva de refugiados que venían de Santander. Desde entonces, mi marido ha manifestado el deseo de ir a la España republicana a combatir. Se fue de Vanves el 11 o el 12 de octubre pasado y desde entonces no tengo noticias suyas. No puedo, pues, decirles dónde se halla actualmente e ignoro si se fue solo o acompañado².

2. Tsvietáieva, M., *Confesiones. Vivir en el fuego*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008, pp. 484-485.

Y solapo su destino con el de María Zambrano inserta en la misma circunstancia política. Y que, durante su exilio, habrá de pedir ayuda muchas veces

escribiendo cartas de profundidad abisal incluso a personas con las que no llegó a encontrarse nunca. Marina Tsviétaieva, cuando María Zambrano atraviese la frontera de la historia y el tiempo rumbo a la incertidumbre del exilio, estará semipresa con su hijo, en la clandestinidad del Hotel Innova de París, esperando el salvoconducto de las autoridades soviéticas para dejar Francia rumbo a la Unión Soviética. Ella, que se había pasado la vida escribiendo cartas y diarios, tendrá que engañar y arriesgarse para poder apenas despedirse. Ni siquiera se le permitirá sentir el exilio como única patria: saldrá de París como una prófuga que se esconde y huye, otro acto de humillación.

Leo a María Zambrano, es el fragmento de un texto diarístico escrito a finales de enero y comienzos de febrero de 1939, lo titula «España sale de sí»:

No otra cosa es lo que sucede. Por los pasos del Pirineo, como sangre manada a empujones por un corazón espantado, la multitud llega interminable. Tiene color de tierra, color de monte derrotado de encina rota a hachazos; es el mismo suelo que arrancado de sus cimientos echa a andar; es la *materia* de España, su sustancia, su fondo último, lo que llega, lo que avanza, lo que espera, en esta terrible mañana gris vacía de Dios, por la larga carretera hasta Le Perthus.

[...] Y una vez alcanzada la frontera, el horror brotaba de nuevo y se comentaba en un rumor, en una noticia inverosímil y espantosa que rondaba todos los oídos, que penetraba en todas las cabezas como un taladro.

Señor, Señor, ¿qué ha hecho mi pueblo? ¿Contra qué rostro alto e imposible ha arrojado su piedra? ¿Qué monstruo lleva en sus entrañas que así ha aterrado el mundo? ¿O qué nueva simiente, qué criatura sobrehumana va a ser tu pugna por ser dada a luz, que tales dolores producen? ¿Qué parto más allá de sí mismo va a tener lugar en la tierra, a través de mi pueblo, de este pueblo que no se resigna, que en la tortura no perece, de este pueblo, el único, Señor, que te resiste?³.

Volvamos a las cartas. Una carta tiene mucho de diario demorado, de archivo y testimonio, sobre todo cuando la escribe alguien como Marina Tsviétaieva o como María Zambrano desgarrando la convención y convirtiendo el género epistolar, como la confesión, en un género literario. Las dos escriben cartas y, en ellas, lo que podría ser mera noticia circunstancial se transforma en universo de sentido que habitarán y mantendrán desde el pensamiento y la creación. Cuando leemos estos documentos preciosos, cartas y diarios, hallamos una época y, en ella y hoy todavía, la especificidad del exilio de las mujeres que suman a la tragedia el hecho social de ser, precisamente, mujeres con toda una herencia de desigualdad en sus espaldas y en sus caminos. Para estas dos mujeres la libertad está en la escritura irrenunciable, en ese «conservar la soledad en que se está» que cuida sin descanso la intimidad. Razón poética, filosofía que busca y poesía que encuentra. Como escribí de Tsviétaieva entrelazando las palabras de Zambrano: hacer de su delirio la lengua con que escribir sus propios destinos de desterradas.

3. Zambrano, M., «España sale de sí», en Moreno Sanz, J. (coord.), *Obras Completas vol. VI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, pp. 254-255.

Leo a María Zambrano, la entrada del diario es del 2 de febrero de 1939:

«Estoy demasiado rendida para escribir, demasiado poseída. Solo podría hacer poesía, pues la poesía es *todo* y en ella uno no tiene que escindirse. El pensar escinde a la persona; mientras el poeta es siempre *uno*. De ahí la angustia indecible, y de ahí la fuerza y la *legitimidad* de la poesía». ⁴

Marina escribe: «No será a mí a quien entierren / No, no será a mí». El barco que toma en El Havre rumbo a la muerte va lleno de pasajeros españoles que sueñan hallar en la Unión Soviética lo que se les ha querido arrebatar en España. Ella no sale del camarote; su hijo adolescente, Georgui, Mur como hipocorístico familiar, aprende canciones españolas y ríe feliz; sueña con que hallará, por fin, su lugar y podrá estudiar y ser alguien que rompa las cadenas de la indigencia histórica. Leer los diarios del muchacho es trágico porque sabemos cómo acaba su ilusión: es uno de los millones de muertos de una guerra más, que los anales de la infamia registra en cicatrices de la tierra y el alma humana. Las guerras no traen victorias, solo seres que ignoran ser efímeros vencedores y seres inevitablemente vencidos. Lo sentencia así el limo de las palabras de María Zambrano en su texto dramático *La tumba de Antígona* en conversación interpeladora memorable entre Antígona y sus hermanos Eteocles y Polinices.

Cuando Zambrano regrese, en 1946, a París para poder despedirse de su madre tras recibir el telegrama urgente de su hermana Araceli, la golpeará saber que todo intento de restitución parece haberse perdido. Porque cuando María llegue, venciendo las demoras y la insensibilidad de la burocracia, su madre ya ha sido enterrada y su hermana es una mujer destruida. Como le ocurrirá a Marina Tsvietáieva cuando se reencuentre con su hija en Moscú: la tortura y la humillación específica hacia las mujeres es parte de lo que tendrían que contarse entre ellas. María Zambrano no se separará ya nunca de su hermana; Marina Tsvietáieva tratará de colmar de humanidad la prisión de su hija, que será detenida pocos días después de su llegada a la Unión Soviética, que abortará en los siniestros no-lugares del totalitarismo y que padecerá décadas de gulag.

En 1920, de una manera premonitoria –aún no sabe hasta unos días después de la fecha de la carta que su hija menor, Irina, ha muerto en el hospicio al que la ha llevado para que pueda comer–, Marina escribe a unos amigos algo que sobrecoge porque, en ese 1939 donde, para ella, el mundo ha empezado a acabar, aquellas palabras oraculares son un hecho:

Desde que nací fui expulsada del círculo de los humanos, de la sociedad. No tengo atrás un apoyo viviente, –tengo un peñasco: el Destino [...] No temo a la vejez, no temo al ridículo, no temo a la miseria –ni a la hostilidad –ni a la maledicencia. Yo, encubierta por un cascarón de alegría y fuego soy –piedra, es decir, invulnerable. Pero está Alia, Seriozha. –No me importa despertar mañana llena de arrugas y con la cabeza encanecida – ime da igual! – modelaré mi Vejez – ide todas formas me habrán amado tan poco!⁵

4. Zambrano, M., *op. cit.*, p. 255.

5. Tsvietáieva, M., *op. cit.*, pp. 142-143.

Y leo a Zambrano pensando en Mur y en la desesperanza de Marina Tsvietáieva cuando tomase ese barco hacia la humillación final que la convierte en mendiga, en fugitiva y en desesperada; no voy a pormenorizar la tragedia de los escasos dos años de vida que le quedan desde su llegada a la Rusia que ya no lo es, la salida de Moscú huyendo de la inminente llegada de los nazis, el desafecto al que es sometida hasta su muerte en Yelábuga, pasando por el encuentro clandestino con Anna Ajmátova antes de dejar Moscú. Todo esto lo siento palpar en la carta de María Zambrano dirigida a su amigo Ramón Gaya el 24 de agosto de 1959. Zambrano está dejando el exilio americano, va a instalarse en Europa que supone el puente, en su deseo, para volver a vivir en España, lo que sabemos que no ocurrirá hasta décadas después:

Ramón [...] ¡Qué pocos rincones habitables hay en el Planeta! Pero una va viendo los que un día lo fueron o debieron de serlo, las ruinas, no de los edificios, ni del arte, sino de una humana vida, en un tiempo que en ocasiones debía de ser una cueva llena de alimañas, y en otros, un hueco blando y cálido, un nido. Figúrate que me está rondando escribir algo sobre la brujería, a mi modo, claro, es decir, sin saber una palabra del asunto. ¡Hay un viento! Quizás en lo de los sueños salga.

[...] Esto ha sido atroz, atroz, atroz. Y mi situación sigue siendo mala, muy. Pero algo se arreglará. Y España, su idioma, su luz, su promesa se abre y nosotros somos algo en ella o de ella. Te doy un abrazo en esta alegría que tanta noche nos ha costado el atravesar. ¡Y aún!⁶.

Concluyo esta intervención señalando que tanto Marina como María han llamado, desde su obra, a dos heroínas primaverales para que, acaso, les muestren ese claro del bosque donde sea posible restituir lo sagrado que las guerras, como hemos señalado, tratan de destruir: Ariadna y Antígona. Como hemos escrito en *Espejos de la nada*:

Ariadna y Antígona son la voz de la hermandad frente a la barbarie, la palabra frente a la fuerza, el respeto frente al prejuicio. La solidaridad que hace seres humanos libres, frente al miedo inoculado que convierte a los ciudadanos y ciudadanas en súbditos, en esclavos.

Son las tejedoras de esa quimera urgente que requería, que requiere ese encuentro entre Marina Tsvietáieva y María Zambrano...

Ahora queda transcribir, con fidelidad extrema y escrupuloso agradecimiento, las consecuencias de ese diálogo: borrar la palabra «quimera» de los sueños donde se sueña la paz. Cumplir el deseo de Marina Tsvietáieva de ser enterrada abrazada a la obra de Homero. Cerrar los ojos y habitar el silencio de esas palabras del *Cantar de los cantares* grabadas en la tumba de María Zambrano...⁷.

Sea.

(París, abril de 2023)

6. Zambrano, M. y Gaya, R., *Y así nos entendimos (correspondencia 1949-1990)*, Valencia, Pre-Textos, 2018, pp. 101-103.

7. Santiago Bolaños, M., *Espejos de la nada. Marina Tsvietáieva y María Zambrano*, Madrid, Báltica, 2020, pp. 118-119.



Salmo II 200 x 230 cm 1993

PROPIEDAD DEL AYUNTAMIENTO DE RONDA. SE PUEDE VER EN LA CAPILLA JESÚS GONZÁLEZ DE LA TORRE EN RONDA.